

Capítulo

1

Algunas noches me despierto en medio de la oscuridad, sudoroso y alterado. Durante un rato, soy incapaz de controlar los espasmos, como si alguien me aplicara un electroshock por control remoto. Siento que una fuerza extraña y misteriosa está jugando con mi cuerpo, riéndose de mi dolor y disfrutando con mis angustias porque no soy más que el pelele con el que dar rienda suelta a su sadismo. Cuando por fin abro los ojos, al principio siempre tardo unos segundos en reconocer dónde estoy o, sobre todo, cómo he llegado hasta ese lugar en sombras. Y mientras mis pupilas tratan de enfocar la realidad y los contornos se vuelven definidos, mientras tu cuerpo amorfo cobra presencia física al tiempo que me llevo la palma de la mano a la frente para contener el sudor, entonces siento de nuevo que no tengo el control sobre mi vida, que todo me ha ido llevando hasta allí sin que yo pudiera decir jamás si me parecía bien o me parecía mal, si estaba o no de

acuerdo o, más que nada, si me hacía feliz porque en realidad jamás ha importado. Y después, cuando me arrastro al lavabo para mojar me la cara y recuperar el equilibrio, son siempre los mismos ojos diabólicos y entristecidos los que, desde su infinito vacío, me recuerdan que todo esto ha sido un error y que, tarde o temprano, alguien lo pagaría caro.

Capítulo

2

Esta mañana hemos desayunado juntos como si tal cosa. Tú parecías contenta, como se supone que debería estarlo cualquiera antes de casarse. Hemos mantenido una conversación trivial e inocente sobre los invitados y la disposición de las mesas, hemos repasado los detalles de la ceremonia y hemos hablado de tus padres y de los míos como si fuéramos una pareja de novios perfectamente normal con la diferencia de que tú y yo siempre nos hemos sentido un poco mejores que el resto, más guapos, más inteligentes y más ricos. Merodeabas por la cocina, incapaz de sentarte a la mesa o terminarte la sempiterna tostada de pan integral con mermelada, con los ojos aún legañosos y la mirada perdida, como si la boda, la fiesta, la luna de miel y el paripé de las horas por venir te resultaran mucho más cercanos y vívidos que nuestra cocina de Brooklyn, desordenada y atestada de cacharros. La luz de agosto se colaba por el ventanal iluminándolo todo sin sombras ni aristas, de

una forma que me pareció tan alegre como mortecina, como si la vida, al perder sus claroscurios, se convirtiera en algo al mismo tiempo confortable y atroz. De una claridad cegadora.

Y mientras te como los pechos desde su luna llena hasta el pezón, poco a poco, como a ti te gusta, dándote furtivos lametazos y mordiscos, mientras te devoro la oreja con la lengua, sintiendo como mi dedo navega en tu coño, soy incapaz de mirarte a la cara. Y no porque no sienta deseo, hace meses que no te he deseado tanto, y lo agradeces con voluptuosos movimientos de cadera y gemidos que suenan a vítores, sino porque temo que bucees en mis ojos y te des cuenta de que este polvo no es el prelude de un matrimonio carnal sino la antesala del abismo.

Yo te he seguido la conversación asintiendo con la cabeza o enfatizando tus opiniones haciendo un doloroso esfuerzo por no perder el hilo, para que no notaras que estaba pensando en cualquier cosa menos en nuestra boda. De hecho, ha habido un momento en el que parecías tan verdaderamente feliz e iluminada, a tus 28 radiantes y hermosos años, que he tenido ganas de reírme hasta reventar, aunque después casi me pongo a llorar y te pido que vayamos a la cama para hacer el amor por última vez. Te has des-

pedido simpática y cariñosa, con esa actitud como de retranca y esa voz ligeramente cazallera que me encantó cuando nos conocimos. Después de que te fueras, desenterré la marihuana que tenía guardada en el cajón de los calcetines, escondida en la esquina más roñosa. Mientras me hacía un porro tras otro intentando concentrarme en los detalles del mobiliario, me he imaginado como en una película las escenas de desesperación que sucederían si, mañana por la tarde, apareces radiante y vestida de blanco en la iglesia para encontrarte con que tu novio ha volado, como si fuera el principio de un melodrama sin gracia que empieza con una prometida abandonada en el altar y prosigue con una carnicería emocional cuyos ecos se escucharán durante toda la trama.

Te agarro por detrás y te pones a cuatro patas. Mi polla da vueltas dentro de tu culo pálido y perfecto a base de horas en el gimnasio y haces el mismo ruido que cuando llevas media hora haciendo steps. Es casi una pura cuestión deportiva. Procuro concentrarme y siento cómo las membranas de tu sexo acarician el mío y durante un momento tengo la impresión de que no existe nada más que esta sensación de estar perdido, flotando en la inmensidad de una nada que también es un todo infinitamente repetido.

He pasado la mañana fumando y deambulando por la casa sin atreverme a tocar nada, como un policía que acabara de llegar después de un crimen y no quisiera alterar las huellas. De repente, aquella ropa pulcramente ordenada en el armario, gracias a la asistente, por supuesto, porque eres la persona más desordenada que he conocido en toda mi vida; aquellos muebles de diseño mezclados con otros recogidos por la calle que tú has restaurado con escasa gracia; la cocina de formica e incluso la vista sobre el parque me han dejado frío y asombrado, como si no acabara de creer que ese apartamento tan bonito fuera mío. Aunque a ratos tenía ganas de llorar, también sentía cómo el odio por todo aquello iba creciendo hasta dejarme la garganta seca, y entonces me sentaba sollozando en el sofá y mirando las grietas del techo me preguntaba si tendría fuerzas para abandonarte a ti y a todo esto.

Te has sentado encima de mi polla y generosamente me aborras unas cuantas embestidas. A veces, follas tan bien que tengo la impresión de que esto también te lo enseñaron en ese colegio para niñas pijas en el que aprendiste a recitar a Verlaine, montar a caballo y cocinar pasteles de zanahoria. Desde hace un par de meses, has abandonado tu look de Lolita tejana con toque irónico arty que tan bien te ha funcionado y ahora llevas el pelo hasta la altura de los

hombros y más rizado, como si estuvieras interpretando el papel de madre de Laura Ashley por adelantado. Aunque sigues follando como una zorra, eso no ha cambiado.

No he tenido más remedio que salir de casa para comer con mis padres y tus tíos. La cita me ha instalado definitivamente en el sopor. Mamá está muy pesada desde que se instaló en Nueva York en casa de tus viejos, y aunque he intentado ser amable y solícito, interpretando como mejor podía el papel de hijo abnegado y conmovido porque tiene un cáncer galopante, la verdad es que la mayor parte del tiempo tenía ganas de gritarle. Me saca de quicio ese papel de resignado sufrimiento y fingida alegría, como una actriz principal que debe permitir que una jovencita se luzca más que ella en una escena y mira al público buscando el aplauso por su propia generosidad impostada. Papá intenta aparentar que es la persona más feliz del mundo y se muestra tan dispuesto y dadivoso como es posible, pero lo soluciona todo con una frase hecha y está claro que está rezando para que me case de una santa vez y todo esto haya terminado sin que se produzca una tragedia.

Finalmente logro correrme dentro de ti, pero tú todavía quieres más. Los dos sabemos que hemos follado sin condón pero pareces estar deseando quedarte embarazada. En el lavabo

procuro evitar mirarme a mí mismo en el espejo y cuando regreso a la habitación te encuentro desnuda y suplicante, estirada sobre la cama como una gata. Mi polla vuelve a ponerse dura y te cojo por detrás y te penetro aplastándote contra la pared y diciéndote cosas guarras al oído.

Después de la comida he quedado con Jorge y Álvaro para dar un paseo por la ciudad sin detenernos en ninguna parte ni hacer nada más que charlar como buenos amigos. Y mientras Jorge decía que me tenía envidia por casarme con toda una pija de Nueva York y Álvaro estaba tan impresionado que era incapaz de abrir la boca, me iba sintiendo cada vez más cómodo en mi papel de marido exitoso y neoyorquino y la posibilidad de escaparme me parecía tan remota que cualquiera diría que tan sólo un día antes había estado planeándolo con Mauricio. Las angustias de la mañana parecían remotas y lejanas, como si le hubieran pasado a otra persona o hubieran sido un sueño. Y aunque era consciente de que lo que de verdad me hacía feliz no era la posibilidad de casarme con Charlene sino deleitarme en cómo mis amigos me idealizaban, en lo que su mirada me convertía, también me sentía embriagado y animoso y durante un tiempo he creído ser una persona perfectamente feliz y razonable. Al cerrar los ojos, me imaginaba a mí mismo dentro de diez años, enseñándoles mi casa nueva en

los Hamptons, paseando por unas estancias vacías con pantalones de pinzas y camisa de marca, pensando en qué lugar colocaría el embarcadero desde el que salir en yate con mis hijos maravillosos de anuncio de Ralph Lauren a hacer picnic.

Hemos permanecido juntos, pegados el uno al otro como una lapa, follando en todas las posturas posibles, sin ganas, por pura lascivia, deseando y al mismo temiendo el momento en el que yo me corriera para terminar con una tortura que se convierte en placer brutal y alucinado. Ahora sí nos miramos y en tu rostro jadeante y sudoroso, cubierto por un mechón de cabello dorado, he creído ver un atisbo de amor o quizá simplemente de cariño y deseándote con todas mis fuerzas me he vuelto a correr dentro de ti pensando que quizá el azar sabría mejor lo que me conviene.

He regresado a casa en metro de buen humor. El paseo con mis amigos me ha devuelto a una extraña normalidad, y me he olvidado de que sólo 24 horas antes estaba pensando en marcharme y dejaros a todos tirados. He atendido llamadas de amigos y familiares, que estaban tan simpáticos y emocionados como yo. Incluso he sacado del armario mi petulante traje de novio y me lo he probado. Al mirarme en el espejo, me he visto a mí mismo como un apuesto

marido y todo resultaba tan irreal como si detrás del espejo hubiera un actor clavado a mí mismo imitando mis gestos. Finalmente, aún algo enrarecido por la visión de aquella figura en la que no podía reconocerme, he recogido el traje, he llenado una maleta gigantesca con mi ropa más cara como para aguantar quince días sin coladas, he comprobado que el billete seguía en la chaqueta y he apagado la luz antes de salir del apartamento. El sonido de la puerta al cerrarse me ha dejado impresionado, como si hubiera entrado en una celda. He estado a punto de volver a entrar para despedirme. De pronto, tenía ganas de llorar. Me ha asustado la perspectiva de cruzarme con alguno de mis amabilísimos y modernísimos vecinos y que me hiciera un interrogatorio a costa del maletoncio. Pero no he visto a nadie. Cuando he abandonado el edificio, sintiéndome un ladrón o un impostor, sobre las ocho, la luz de agosto había adquirido un aire inquietante y alegre. He comenzado a reírme como un loco y me he dado cuenta de que ya no era yo, sino él: el monstruo.